



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Num. 38. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Octubre 1874. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIV.

#### SUMARIO.

Explicacion de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Vestido con triple-túnica.—Vestido bordado para sociedad.—Paletot de cachemir.—Sombrero para jovencita.—Vestido para niño.—Paletot bordado.—Elegante salida de cama.—Túnica con solapas.—Antimacasar de batista calada.—Cuatro diferentes cuadros de malla guipure.—Cenefa para adornar ropa blanca.—Entredoses bordados en tul.—Cenefa de aplicacion.—Arandela para pie de lámpara.—Cenefa de encaje irlandés.—Cenefa de soutache y cinta labrada para trajes.—Dos cenefas bordadas á la inglesa.—Bandeja-tarjetero de salon.—Flores de lana.—

LITERATURA: Historia de una coqueta, por Adela Sanchez Cantos.—El Dr. D. José Lopez de la Vega, por Angela Grassi.—Bellezas de la creacion, en las regiones submarinas, por Nicolás Diaz y Perez.—El castillo de Mondújar, por F. de P. Villa Real y Valdivia.—Una historia triste, por Gonzalo de Castro.—El capital de la virtud, por Angela Grassi.—Los teatros, por la Baronesa de Wilson.—Consejos para reformar los trajes y los abrigos.—Explicacion del figurin.

#### EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

##### 1 á 4. CUADRO DE GUIPURE SOBRE BATISTA.

Sirve para antimacasares, cubiertas de edredon y de acerico, etc., y como todas las labores antiguas, vuelve á ser de moda despues de algunos años de olvido. El guipure de aguja se compone principalmente de puntos de feston y cordoncillo, tendiendo ántes hilos en la direccion que se necesite. El núm. 4 ofrece el modo de ejecutar la labor, y se principia por rodear el contorno del cuadro; el de la estrella y los pequeños cuadritos, de feston muy doble, recorriendo despues la tela; al feston del contorno se van enlazando los hilos, sobre los que se ejecutan festones (véase el núm. 4). En el mismo dibujo se ven las barras trasversales adornadas de picots, hechos asimismo á feston. El cuadro lleva además alrededor un calado sacando los hilos, cuya ejecucion muestran clara los números 2 y 3. Los pequeños cuadros que acaban de rellenar el fondo llevan despues de su feston una cruz de cordoncillo y calado guipure que se ejecuta como feston flojo, una puntada en cada centro.

Este cuadro puede alternarse con otros de las mismas dimensiones de malla guipure, ó de encaje irlandés, ó de otros distintos bordados, como al pasado ó la inglesa, formando con ellos ricas cubiertas de silleria ó edredones.

##### 5 y 6. VESTIDO CON PLIEGUE WATEAU PARA NIÑO.

(Patron: en el pliego de patrones por el revés, número X, figs. 38 á 41).

Es de cachemir doble gris, con bieses azules orillados de seda del mismo color: nuestros grabados le presentan por delante y por detras, teniendo una forma cómoda para los niños. Botones de nácar cierran por delante el vestido, y ribete de seda le termina en el cuello y manga. El cinturón, que lleva el mismo ribete, puede anudarse, prendiéndole un alfiler además, como le presenta el número 6, ó cerrarle con corche, tes ó botones.

##### 7 á 10. CUADROS DE MALLA GUIPURE.

Estos cuadros pueden servir para adornar ropa blanca fina aplicándolos en la tela con un feston y recortándola por debajo: pueden también servir varios unidos para antimacasares, edredones ó cortinajes: hechos para este objeto con hilo y mallero gruesos, resultan cuatro veces mayores que el dibujo.

##### 11. CENEFA DE CROCHET Y BORDADO.

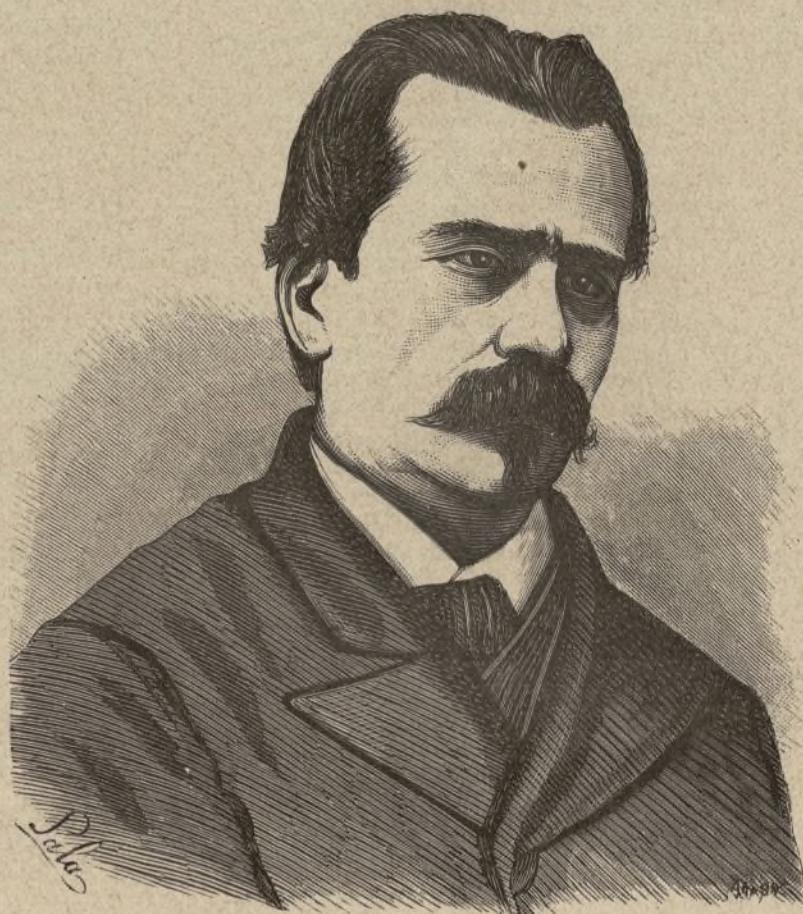
Dos tiras de crochet de horquilla colocadas en una tira de muselina á feston y luego algunos lunares al pasado en la muselina, dan por resultado esta linda guarnicion, que puede servir para chambras-peinadores, ropa

de niños, etc. La salida de cama núm. 17 muestra este mismo adorno.

##### 12 y 13. CHAQUETAS PARA CASA.

(Patron: en el pliego de patrones por el revés, número VIII, figs. 30 á 33).

Estas chaquetas, para complemento de un traje de



EL DR. D. JOSÉ LOPEZ DE LA VEGA.

casa, son útiles en toda estacion: en el verano se hacen de muselina ó nanzouk, y en el invierno de piqué y aun de telas más dobles.

La primera, de muselina, va adornada de un plegado de la misma muselina de 4 cents., de un volante bordado encima y un entredós á la pegadura: esta chaqueta no cierra por delante más que con un lazo, y puede hacerse para invierno en cachemir con los bordados de soutache, cerrando sobre un chaleco.

La segunda (núm. 13), es de piqué, y el adorno consiste en un plegado de nanzouk, de 5 cents. de ancho, colocado sobre trasparente rosa, adornando la chaqueta lazos de este color.

##### 14. SOMBRERO PARA NIÑA.

Es de fieltro ó castor, con ala vuelta por un lado, adornado de un pañuelo malva de dos tonos y grupo de margaritas de color de lila.

##### 15 y 16. ENTREDOSSES BORDADOS EN TUL.

La ejecucion es muy sencilla, al pasado ó zurcido, y sirven para adornar fichús, gorras de niños y otros mil objetos. También puede copiarse el dibujo con azabache para adornar vestidos.

##### 17 y 18. PALETOTS-SALIDAS DE CAMA.

(Patron: en el pliego por el revés, núm. IX, figures 34 á 37).

Esta prenda es útil en todo tiempo hecha en percal fino ó nanzouk, y es para el momento de salir del lecho. El núm. 11 muestra el adorno del primero, y el número 28 ofrece una guarnicion más rica para el segundo, bordada á la inglesa, con vilanos en los grandes ojetes. Al cuello se terminan por un cuellecito ó una gola.

##### 19 y 20. TRAJES PARA SEÑORA.

El núm. 19 es un vestido de armure color gris claro con bieses azules bordados con soutache y al pasado; un volante ancho termina la falda y otro más estrecho la túnica, llevando ámbos dos bieses á la pegadura de seda azul, el primero bordado al pasado con seda blanca, y el segundo con soutache blanco también: el mismo adorno se repite en la manga, y un rizado azul forma gola y baja torcido hasta el adorno de la túnica.

El núm. 20 es un vestido para sociedad con triple túnica, una variacion más del vestido de esta hechura, recibido en el número anterior: en este modelo el vestido es de paño de Lion negro y la túnica de organdí blanca, con plegados y terciopelo negro, formada la manga por bullones separados por terciopelos. Cinturón rosa y corbata rosa pueden completar este traje.

##### 21. CENEFA DE APLICACION.

Se hilvana la muselina sobre el tul, se traza el dibujo y se borda á la máquina la cadeneta, recortando despues con tijera fina los espacios de la muselina. Esta guarnicion corresponde al vestido y fichú núm. 7 de EL CORREO anterior.

##### 22. FLORES DE LANA.—RAMAJE.

Representa este dibujo una rama de hojas hechas á feston, por el sistema ya explicado en uno de los números del mes de Julio. Las hojas se ejecutan en verde de dos tonos y sirven para combinarlas con diferentes flores.

##### 23. BANDEJA-TARJETERO DE SALON.

Mosáico de maderas y pinturas.



(Dibujo para la pintura: en el pliego de patrones por el derecho, fig. 21).

**Materiales:** Casillas de paja y madera de pinabete, cuentas, tinta de china y laca negra y encarnada.

Para jugar con una jardinera ofrecida en el mes de Julio, presentamos hoy este tarjetero de salon: compónese de una bandeja ó *plateau* pintada, con ramo en el centro y guirnalda alrededor, y de una montura ó pié en carton muy doble. Tres tiras de carton de 25 cents. de larga cada una, por 3 de ancho, van recogidas del centro por un círculo de carton de 2 cents. de ancho y 8 de diámetro, cubriendo todos estos cartones por una sola cara de papel color de madera, y cuando aún está húmedo el carton, se le da la forma que muestra el grabado. La bandeja inferior ó pié va cubierta de reps de lana ó terciopelo, y á él se sujetan los piés ó tiras de carton, cubriendo el borde de unos racimos formados por casillas de paja iguales á las que cubren los cartones largos en toda su cara exterior y sostienen la bandeja. Estas casillas de paja se dejan en agua y se van cosiendo al carton cuando todo está húmedo, y por tanto deja pasar la aguja con facilidad y se ocultan las puntadas, forrando despues de papel de seda color de caoba la otra cara del carton. El círculo que recoge los piés ó brazos del centro va adornado de casillas de paja, de bellotas y de hojas de pinabete. Las cadenas que completan el adorno del tarjetero se componen de cuentas de madera pintadas de verde y holmillas pintadas de negro, ensartadas muchas reunidas. Ya hemos dicho varias veces que estos trabajos de imitacion á madera adquieren su principal efecto con una mano de barniz copal.

#### 24 y 25. TÚNICA CON SOLAPAS.

(Patron: en el pliego por el revés, núm. VI, figs. 22 á 28).

La ejecucion de esta elegante túnica no ofrece dificultad siempre que se sigan las indicaciones del patron: el grabado muestra cinturón, vueltas de manga, cuello y solapa de seda de tono más oscuro que el cachemir, y el patron ofrece toda la parte superior, debiendo completarse el largo por las líneas indicadas. El costadillo, doble costadillo y manga van enteros; el paño de atras se corta al hilo, y hay que fijarse en el modo de recogerle, que presenta el mismo pliego: á él acompaña un croquis pequeño de todas las piezas para la mejor comprension. Se principia por hacer las costuras de bajo del brazo y de los hombros, poniendo al delantero un ribete de seda y un biés interior respunteado por el derecho con dos pespuntos de seda: toda la túnica lleva este solo adorno. La parte de atras de la túnica se compone de dos paños al hilo de 116 cents. de largo por 66 de ancho.

Para armarla se tendrá cuidado de que la letra B de la fig. 24 caiga sobre la B de la fig. 22, y se disponen los tres pliegues del delantero, indicados tambien en el patron, que se sujetan solo con botones; sujetando igualmente las puntas del costadillo y delantero solo botones. Las vueltas van forradas de seda, y lo mismo el cuello, en forma de gola. Las vueltas de manga son tres bieses de seda y lana alternados y cada biés adornado con su ribete. Las costuras del cuerpo llevan todas un vivo de cordón forrado de seda, y el cinturón que completa la túnica puede ser de seda como los adornos, ó de cuero con cadenas y mosqueton para el *entous cas*.

#### 26 y 27. ARANDELA PARA PIÉ DE LÁMPARA.

El fondo es de piqué blanco rodeado de encaje irlandés, que muestra de tamaño natural el núm. 26: se compone de tres distintos galones como muestra el dibujo.

#### 28 á 30. GUARNICIONES PARA ROPA BLANCA.

Dos de ellas se ejecutan á la inglesa y bodeques ó lunares bordados al pasado: el núm. 28 corresponde al paletot núm. 18, y la núm. 29 á un paletot recibido en el último CORREO. La núm. 30 es una cenefa de galones labrados y soutache, á propósito para trajes de niños.

JOAQUINA BALMASEDA.



#### HISTORIA DE UNA COQUETA.

CARTAS Á UNA AMIGA.

(Continuacion).

V

Amiga mia: Gracias, gracias mil veces por tus cariñosas palabras, por tu generoso perdon. En medio de mis desventuras tu carta me ha llenado de placer; veo que res feliz al lado de un honrado esposo, y con el cuidado

de un tierno ángel que el cielo te ha concedido. Ah! ¿por qué no he seguido tu camino? En él habrás encontrado espinas sin cuento; habrás sufrido, porque el camino de la virtud es muy áspero, pero ¿qué importa esto, si al fin has hallado la dicha y gozas inefable ventura? Yo he visto mis pasos cubiertos siempre de flores; he marchado por un sendero que me ofrecía delicias sin fin; pero á la mitad de mi carrera he tropezado con agudos guijarros, que, ocultos entre las flores, eran más difíciles de evitar, y... he caído. Se abrió á mis piés un precipicio insondable, cegada por los placeres del gran mundo no lo ví, y me arrojé en su fondo.

Perdona, Julia, si divago siempre; en la situacion en que me encuentro es natural; como todo el que sufre, solo de mi sufrimiento sé hablar. Además, yo que era ligera me he vuelto reflexiva; la desgracia es una gran maestra, y tu carta me ha hecho meditar mucho; he comparado tu situacion con la mia, y he comprendido toda la insensatez de mi voluble conducta. Si te hago sufrir con mi relato, perdóname: la que es feliz debe prestar sus consuelos á la que lucha y sufre.

Siempre buena y noble, me ofreces los consuelos de tu amistad: yo los acepto reconocida, y te ruego me guies, tú que has sabido salvar los escollos de la vida, por este piélago inmenso que llamamos mundo, en el que he quedado sola y triste.

Mi mano tiembla al querer abrir el libro de mi corta, pero borrasca vida, al intentar volver los ojos al ayer tan lleno de recuerdos de placer y de dolor; mas si al fin ha de ser, cuanto ántes mejor; Dios me dará fuerzas.

Embragada por los triunfos que en mis anteriores cartas te describí, cegada por mi omnímodo poder, me arrojé con alma y vida á las intrigas de la corte, á las rivalidades de salon, lo que me proporcionaba mil triunfos porque siempre ganaba yo. No hubo joven que no cayera de rodillas á mis piés ofreciéndome su amor; no hubo ninguno que no oyera mis afectuosas frases primero, mis irónicas carcajadas despues; así, confiando á unos y desesperando á otros, haciéndoles ver un porvenir de ventura que luego destruía con una frase de glacial desden, pasé mucho tiempo, pasé años, que fueron días para mí, entregada como estaba á mi extraña tarea de hacer la desgracia agena. Una noche de baile, presentaron en nuestro elegante círculo á un joven distinguido, bello, arrogante y rico. Venia de viajar por el extranjero, y la misma noche de su presentacion aumentó el número de mis adoradores; yo me sentí orgullosa porque era una gran conquista. Como con todos, coqueteé con él, y como á los demás, lo desdiseñé en cuanto vi sus miradas suplicantes, en el instante en que lo tuve á mis piés loco de amor, ofreciéndome su vida y su nombre. Tenia curiosidad de ver qué hacia aquel hombre enérgico al verse despreciado; pero, contra lo que yo esperaba, quedó sombrío y pensativo al principio, luego frio, indiferente. Es verdad que al oír las frases de mi desden sus ojos lanzaron un rayo tan feroz, que por primera vez de mi vida tuve miedo; mas esto pasó enseguida y quedó tranquilo y sonriente, como si su amor hubiera sido una broma. Léjos de huir de mí, como otros, ó de buscar la muerte, como alguno de sus antecesores, siguió tratándome como si nada hubiera ocurrido; asistió á todas las diversiones contento, feliz. Esto hirió mi amor propio, era la primera vez que encontraba tal frialdad en un hombre; era la vez primera esta que pagaban con el desprecio mi desden, y juré no descansar hasta sacar á aquel hombre de su indiferencia, hasta verlo de nuevo á mis plantas. Empleé todas mis seducciones en conquistar aquel corazón que había despreciado. Vano empeño!

Todos mis encantos se estrellaron contra su estudiada cortesía; mis sonrisas, que á tantos habían enloquecido, se perdían, porque sus ojos vagaban siempre, y solo fijaban en mí alguna mirada indiferente y fria.

Ante tanto desvío mi empeño creció hasta el punto de cifrar en aquella conquista mi tranquilidad, mi alegría.

Durante algunos meses sostuve una lucha terrible con aquel hombre que yo creía de mármol: no conseguí nada. Aquel ser extraño me atraía por lo nueva que era para mí su resistencia, lo desconocido me sedujo, y la impetuosidad de mi carácter me hizo amar á aquel hombre, porque en él veía un imposible. La cruel tirana se convirtió en esclava; mi corazón de roca se ablandó al fin, y por lo mismo que había tardado tanto en recibir la flecha de Cupido, se clavó en mi pecho con más fuerza. Amé con delirio, y la terrible coqueta tuvo que confesar que la mujer ha nacido para amar y ser amada.

La palidez del sufrimiento se extendió por mi rostro, haciendo huir de él los colores de la vida; mi salud se resintió, un círculo morado rodeó mis ojos, y todos comprendieron que el amor era la causa de que mi humor se hubiera tornado triste y sombrío. Buscaron al hombre que tal triunfo había conseguido, y al momento lo encontraron; todos concordaron en que el amor me había destruido, que fin-

gía no ver el cambio de mi conducta ni el afecto inmenso que mis ojos expresaban. Esta nueva humillacion léjos de curarme de mi amor, me hizo amarle más. ¡Tal es el corazón humano, que siempre desprecia lo que posee y ambiciona lo imposible! Yo que tanto me había burlado de los que corrían tras de mí porque los despreciaba, me vi bien castigada, comprendiendo al fin que, tanto los hombres, como nosotras, estamos sujetos á error y es preciso perdonarnos mutuamente.

Mi pasión llegó á convertirse en frenético delirio.... Y un día, no sé lo que pasó: dominada por los mil afectos que aquel hombre despertaba en mí, tal vez pronuncié palabras que comprometerían mi dignidad; porque de repente vi trocarse el hielo en llama abrasadora, y tuve el placer inmenso de contemplarlo de nuevo á mis piés, rendido y apasionado. Protexió que su indiferencia había sido simulada; me juró un amor eterno. ¡Podré nunca describirte la dicha que embargó mi alma!

En medio de su entusiasmo, y no queriendo, como él decía, perder un momento de felicidad, pidió mi mano. Se arregló la boda y empezaron los preparativos, porque mi padre no se opuso, contento de que al fin hubiese hallado un hombre en quien, fijando la atencion, pusiese término á mis devaneos juveniles.

Pronto cundió la noticia de mi boda, que fué un gran acontecimiento en el mundo elegante; no se hablaba en los salones más que de mi lujoso ajuar, de mis ricos trajes.

Unos días ántes del señalado para la ceremonia, el que iba á ser mi esposo suscitó delante de mí una cuestion con uno de mis antiguos adoradores. Ambos salieron enfurecidos de la estancia, y todo me hizo creer que se trataba de un duelo. Recordé el duelo anterior: temblé por la vida del hombre á quien amaba.

Llorosa, desolada, rogué á mi padre, á mis parientes, á mis amigos que corriesen en su busca é impidiesen el funesto lance. Qué horrible noche aquella! Me hallaba sola en mi aposento, entregada á una ansiedad espantosa, cuando oí resonar su voz en la antesala. Decía á mis criados que deseaba hablarme sin pérdida de momento.

Aunque no recibía visitas de hombres en ausencia de mi padre, la gravedad de las circunstancias me impulsó á franquearle la entrada en mi propia estancia.

Entró pálido y azorado, me confesó que iba á batirse al día siguiente, que había querido despedirse de mí porque tenía el presentimiento de que iba á morir; de que ya no volveríamos á vernos más que en el cielo.... Se postró á mis piés, cubrió mis manos de lágrimas y besos.... Era bello, elocuente, apasionado....

Aquel hombre tenía el poder de enloquecerme; sus palabras alejaban de mi mente toda idea que no fuera la de su amor; poseía el talento de hacerme olvidar cuanto existe, y llenar el solo mi corazón, mi alma. Era su acento dulce como el susurro de la brisa, ardiente como el aire del desierto; qué más te diré, Julia mia!... permíteme que no continúe; las fuerzas me faltan de nuevo, mi pecho estalla al querer traer á la memoria los sucesos de aquella noche terrible.

De pronto lo vi agitado por extraño temor.—Han llamado,—exclamó—huyo para salvarte.... Y como si temiera á un enemigo invisible, recorrió con mirada extraviada la estancia, y se lanzó al balcón; yo corrí á tranquilizarle; pero ya era tarde: había saltado el antepecho y descendía con rapidez. En la acera de enfrente había un grupo de jóvenes, los cuales acogieron su aparicion con hurras de entusiasmo, y le saludaron con mil chistes picantes. Al ver aquello lancé un grito de horrible angustia y caí desmayada: ¡lo había comprendido todo!

Pasé muchos días en una fiebre continua; cuando estuve en estado de comprender me entregaron una carta; era de él. La abrí con terrible ansiedad, y tú podrías comprender el efecto que me haría cuando leas los párrafos más importantes de ella, los que te copio á continuacion.

ADELA SANCHEZ CANTOS.

(Se continuará).

#### EL DOCTOR D. JOSÉ LOPEZ DE LA VEGA.

Este distinguido médico y escritor público, honra de Galicia y prez de la literatura nacional, merece ocupar hoy un lugar distinguido en EL CORREO DE LA MODA, prometiendo á nuestras lectoras publicar en el próximo número una reseña biográfica del mismo, la cual hubiéramos ya publicado en este, á no haber acaecido el fallecimiento de su querida madre, que le ha impedido facilitarnos un dato que necesitábamos para completar dicho trabajo.

Colocado hoy el Dr. Lopez de la Vega en la esfera de las primeras eminencias científicas de Europa, y siendo uno de los primeros poetas sentimentalistas contempo-



raneos, cada una de sus obras tiene el sello religioso y moral de Debreyne y Augusto Nicolás, la ternura de Lamartine, Chateaubriand, y su palabra la fogosidad de la de O'Connell, con quien le han comparado, ya muchos escritores.

Médico insigne y Sócio de honor y mérito de ininidad de sociedades científicas de Europa y América, profundo teólogo y esclarecido filósofo, su significacion sube de punto en su idealismo de primer orden, marchando recto á la realizacion de la aspiracion cristiana, que propende á hacer del mundo un solo pueblo, con un solo Gobierno y un solo derecho.

Médico caritativo, ejerce su profesion sin exigir honorarios, habiendo en épocas calamitosas héchose llevar en hombros atacado del cólera á asistir coléricos, y recibiendo heridas por curar las de sus semejantes en los campos de batalla y en las barricadas.

Trascribimos á continuacion la siguiente notable y sentida poesia, hecha en gallego, ante el cadáver de la que fué su madre cariñosa, cuya composicion revela, al par que el profundo sentimiento del autor por aquel doloroso suceso, la filosofia del hombre pensador, del poeta melancólico y del verdadero cristiano, y es la siguiente:

#### VELANDO Á MIÑA NAI.

Xa non te verei mais, miña naiciña,  
Xa non te verei mais... ¿Adónde vou?  
¡Morriche tí, morricheime, velliña,  
Non sei qué negro fado te matou!

Eu quixera morrer tamen contigo,  
Porque sin tí de cote chorarei;  
Tí me dabas no mundo ó men abrigo,  
Exa sin tí vivindo morrerei.

¡Adios, querida nai, adios preñiña,  
Probe muller tullida, meu amor!  
Moito soffriche tí, miña xoiña!  
De tí fuxía ó mundo enganador.

Tí solo tiñas corazón é alma,  
Non sabias á naide maltratar;  
Por eso ó ceo che dará á sua palma,  
Paraxmiunto ao Señor por minchorar.

Tamen eu chorarei hasta que morra:  
Eu van na terra che direi NANAY;  
Xa non te verei mais, corra que corra,  
Como tampouco xa verei meu pai.

¡Adios, fermoso sol, lus des meus ollos,  
Men amparo, meu ben! ¡xa te perdin!  
¡Adios hasta outra vida, probe vella!  
Roga á Virxen de cote tí por min!

Perdoa si ó teu fillo malfadado,  
Ofendeute no mundo sin pensar;  
¡Perdoa, miña nai... son un coitado,  
Que ó teu amor non quixen olvidar!

Recolle tí meu pronto, nanaiciña,  
Ten piedade de min... ¡Perdoarás!  
¡Adios, ben do meu ben, miña pombiña!  
Perto de tí moi pronto me verás!

PEPIÑO.

Madrid 20 de Setiembre de 1874.

Réstanos solo tributar al inspirado cantor de la Virgen el recuerdo de nuestro pesar y profundo sentimiento por la pérdida de la autora de sus dias, acompañándole en su hondo dolor, y deseando ardientemente el reposo eterno en el Señor, de la finada, á cuya educacion religiosa debe sin duda el Dr. Lopez de la Vega el carácter de dulce unción evangélica que ha sabido imprimir en sus ponderadas obras y en sus hechos públicos y privados.

ÁNGELA GRASSI.

#### BELLEZAS DE LA CREACION,

EN LAS REGIONES SUBMARINAS.

(Traduccion de M. Ariste Meril).

Sumergirse de pronto en el líquido del Océano indico, es entrar de repente en el dominio de los encantos más maravillosos, y de las magnificas realizaciones de que apenas si pueden darnos alguna idea las bellas ilusiones de la infancia y los gratos recuerdos de la juventud pasada.

En ese limpio y misterioso dominio descúbrese á cada paso las más extrañas é inesperadas cosas. Aquí bosques fantásticos producen flores vivientes. Allí *meandrin*as y

*astreas* (1) magnificas, oponen sus abultadas masas á los cálices cubiertos con las expansiones de los *esplanarios* (2). Más léjos las *madrépodas* (3), de ramificaciones complejas, de dedos extendidos, ya se elevan en troncos agrupados, ya proyectan en el espacio ramas enlazadas con la elegancia artística que distingue á las creaciones de la naturaleza.

Por todas partes brilla, deslumbra y refleja el color, desplegando el verde más suave y vivo, al lado del más rico amarillo y del pardo más aparente; la púrpura en sus tonos, el rojo más ó ménos subido degenerando armoniosamente hasta el azul más puro, oscuro y vaporoso, confundido con un blanco nevado ó con el negro cristalino.

Los *miléporos* (4) de rosa ó colorados, como los sabrosos frutos del melocoton, se lanzan en los vegetales marchitos, que cubren con gracia, adornándose con las perlas nacaradas de los *retíporos* (5), rodeándolos de festones de marfil caprichosamente enroscados.

Cerca ya de la ola que muellemente los mece, los *gordones* (6) agitan sus abanicos amarillos y lilas, con más artificio trabajados que un tejido de filigrana.

La arena del fondo está sembrada de millares de erizos y de estrellas marinas de formas elegantes y caprichosas. Las *fruteras* (7), á manera de hojas, y las *escaras* (8), semejantes al musgo ó líquen, se adhieren á las proyecciones de los corales, mientras que las *lépadas* (9) amarillas, verdes y tachonadas de púrpura y oro mate se agarran furtivamente á los bancos.

Semejantes á las flores gigantes de *nopeúleas* y pintadas de los más vivos colores, las coronas filamentosas de las *anémonas marinas* adornan con arrogancia las rocas combatidas por la tempestad; ó bien más modestas, consienten en cubrir el fondo de las aguas de un tapiz esmaltado con un lecho de preciosas *francesillas* (10). Y para animar estos paisajes de coral, el *colibré* del Océano, bello pajarillo vestido á su vez de minio, de azul de oro, de esmeralda ó de la más pura plata, juguetea y caprichoso, zumba alegremente bajo las maravillosas enramadas de estas regiones inexploradas hasta ahora por el hombre.

Ligeras como el espíritu de los líquidos, habitan las frágiles campanillas azules ó blancas de las *fisúlidas* (11) que flotan en los fondos del mundo encantado.

La *isabela* (12) de color violado, verde y dorado luciente, disputa allí su presa á la *coqueta* (13), de color anaranjado, negro y tachonado de vermellon. Las olas del mar arrastrándose como serpientes, ó como cintas de plata tornasoladas de rosa, oro y azul, atraviesan rápidamente los claros y desaparecen bajo el macizo. Y he aquí enseguida á la gibia fabulosa adornada con colores de arco iris, que brillan de trecho en trecho sobre su cuerpo sin encerrarse en límites definitivos: va y viene, aparece y se oculta uniéndose á los peces, que deja para cruzarlos en todas direcciones y abandonarlos de nuevo. Su incierta carrera, sorprendente é imprevista es verdaderamente indescriptible por su mucha rapidez y los magníficos efectos de la luz y de la sombra, que cambia al menor soplo de la brisa y á la más pequeña ondulacion de las blandas olas.

Al declinar el dia y extenderse sobre las aguas el velo misterioso y triste de la noche, estos fantásticos jardines se iluminan con un nuevo esplendor. Millones de chispas inflamadas, que no son otra cosa que moluscos y crustáceos microscópicos, voltigean en todas direcciones en la oscuridad que iluminan como luciérnagas. Los gordones, que durante el dia se complacen en adornarse del mágico vermellon, se cambian entónces en verdes fosforescentes luminosos; luciendo en cada parada é irradiando en su veloz fuga.

(1) Género tipo el uno de la familia de los políperos. Tiene el cuerpo corto y membranoso por los lados, boca guarnecida de pliegues y pelos largos colocados en una sola fila, y en número de 18 á 20. El otro es del género de los pólipos que habitan los mares de los climas cálidos del globo.

(2) Género de pólipos lametíferos madreporos.

(3) Género de animales políperos pedregosos, que se encuentran en la América meridional, y muy particularmente en los mares de la India.

(4) Género de políperos pedregosos, cuya superficie es porosa.

(5) Género de políperos cubiertos de conchas nacaradas.

(6) Género de pólipos semejantes á un arbolillo, y de sustancia córnea y flexible.

(7) De la familia de los políperos.

(8) Especie de políperos pertenecientes á la familia de los equinodermos.

(9) Especie de molusco.

(10) Planta que da bellas flores, se cultivan en los jardines y se dan silvestres en los prados y pantanos.

(11) Planta muy rara.

(12) Insecto.

(13) Cierta especie de pez parecido á la boga de agua dulce.

Los lugares que durante el dia no llaman la atencion por carecer de brillo, lanzan en las sombras sus fuegos multicolores á modo de brillantes surtidores. Y para coronar los innumerables prestigios de estas noches fascinadoras en las inmensas profundidades del Océano indico, el pueblo acuático ve en su firmamento, sembrado de estrellas, pasearse magestuosamente al *Hécate* marina, luna de un género nuevo, que tiene su disco argentado como el astro de las noches terrestres, y suficientemente luminoso para llenar sus altas funciones. Los hombres la conocen por pez de seis piés de diámetro, y le dan el nombre de *Encantador*, aunque algunos marinos le llaman *Orthagoriscómola*, esto es, pescado-luna.

La lujuriosa vegetacion de las florestas tropicales de los continentes terrestres, impotente para producir formas tan bellas, ricas, graciosas y variadas en sus contornos, queda aquí sobrepujada por la magnificencia del color como por la del contorno, consistiendo esto en que los prados, los parques y las selvas de los jardines oceánicos no tienen más plantas que los animales, y aunque en las zonas templadas el extraordinario desarrollo de la vegetacion sea uno de los caracteres más notables, del lecho del mar los *Fannos marinos* alcanzan en las zonas tropicales tal desarrollo y tal multiplicidad, que la superioridad del reino animal queda en estas últimas regiones incontestable é incontestada.

Todo lo que es bello, maravilloso y raro en las grandes clases de los peces, de los *equinodermos* (1), de las *liscálias* (2) de los *pólipos* (3) y de los *moluscos* (4) de todas especies, pululan en las ardientes y cristalinas aguas del Océano tropical, descansan en las blancas arenas, invaden sus rocas escabrosas y sus quebrados precipicios: disputan el lugar ocupado, arrastrándose para vivir á espensas del primero que llegue, como los parásitos de todas las edades y de todos los países: nadan sobre los fondos ó se sumergen en los abismos, mientras que las masas vegetales, en medio de las cuales residen estas criaturas, son de dimensiones comparativamente muy inferiores á las de los demás habitantes.

Esta singularidad proviene, sin duda, de una ley igualmente estensiva á la tierra y á las aguas, que exige que el reino animal, mejor adaptado á las circunstancias exteriores, extienda sus variedades sobre espacios más vastos que el vegetal; así es que los mares polares abundan en ballenas, peces, aves acuáticas y una multitud de innumerables seres inferiores, que se encuentran hasta en latitudes en que el agua enfriada no alimenta ya la sávia de las yerbas marinas, y donde toda huella de vegetacion ha desaparecido sepultada bajo cuevas eternas.

Hé aquí la razon tambien de que la vida vegetal se acabe mucho antes que la animal, en las direcciones del mar, considerado perpendicularmente al horizonte, y partiendo de estas profundidades, en que no puede penetrar hasta el fondo el más débil rayo de la luz, las ondas traen á la superficie los *infusorios* (5) vivos, cuyo número, así como su existencia, sorprende al explotador.

Es tan bello sumergirse en las aguas! ¡Aprende el hombre tanto que no sabe!

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

#### EL CASTILLO DE MONDÚJAR.

(Continuacion).

IV.

Tiempo hacia que se encontraba prisionero Boabdil, en poder de los cristianos. Receloso y pensativo, arreglaba en su imaginacion los medios de recobrar su perdido poderío, cuando por mediacion de su madre Aixa, y los acertados consejos de los capitanes cristianos, decidieron los Católicos monarcas á poner en libertad al régio prisionero, previo el pleito homenaje de su desinteresada adhesion, y con el laudable propósito de que atizando los bandos y disensiones civiles, les hiciesen más fácil la conquista de Granada.

Con no pequeña impaciencia llegó el rey desventurado á la frontera de su reino: allí supo con sorpresa haber quedado reducido su partido á unos cuantos leales servidores, que agrupados en torno de su madre, vivían casi olvidados en un modesto albergue en el barrio del Albai-cin. No le arredró la noticia, ni le hizo ceder en sus ambiciosos proyectos, sino que entrando presuroso cuan-

(1) Especie de animales relumbrantes, muy notables por los chupaderos que, esparcidos por todo el cuerpo en serie de longitudinales, le hace ser un animal de los más raros.

(2) Especie de pescado.

(3) Género de zoófitos, cuyos nervios están dispuestos alrededor de un centro, y cuya boca está cercada de hilillos llamados tentáculos.

(4) Género de animales sin vértebras, de cuerpo simétrico, sin articulaciones ni esqueleto.

(5) Especie de gusano microscópico.



do descuidados se encontraban los habitantes de su ciudad querida, enarboló la bandera de la rebelión, y en ménos de dos horas halláronse teñidas en sangre de Zegries y Abencerrages las plazas y las calles: salió vencedor de esta refriega el viejo rey; hizo pacto con su hijo de cederle parte de su poder en Almería, á donde iría Boabdil á establecerse, acompañado de sus secuneces y de la inflexible Aixa.



5. Vestido con pliegue Wateau para niño. (Véase el núm. 6) (Patron: pliego por el revés, número X, figs. 38 á 41).

No fué bastante para Zoraya ver des aparecer de Granada á su terrible enemigo: la edad y los sufrimientos iban debilitando ya su valor, y solo quedaba vivo en su alma el ardoroso cariño hacia su esposo. Las últimas escenas de sangre y de desolación que habia presenciado en tristicieron de tal modo su espíritu, que la alegría iba por momentos huyendo de su lado, y parecia haber desaparecido la felicidad, para dar entrada solo al sufrimiento y la pena.

Poco tardó el sagaz Muley en advertir los sufrimientos de su adorada Zoraya: atribuyólos á sentimiento por la pasada lucha, y deseando halagarla con una nueva victoria, proyectó una correría por los campos de Utrera y los de Ronda, que siendo desgraciada para los moros, vino á trastornar todos los proyectos del Rey, y á sumir en espantosa tristeza el abatido ánimo de Zoraya. Viendo esta el principio á que se inclinaban, y obedeciendo á los impulsos de su corazón, presentóse un día ante su esposo, y con cariñoso ademán le dijo:

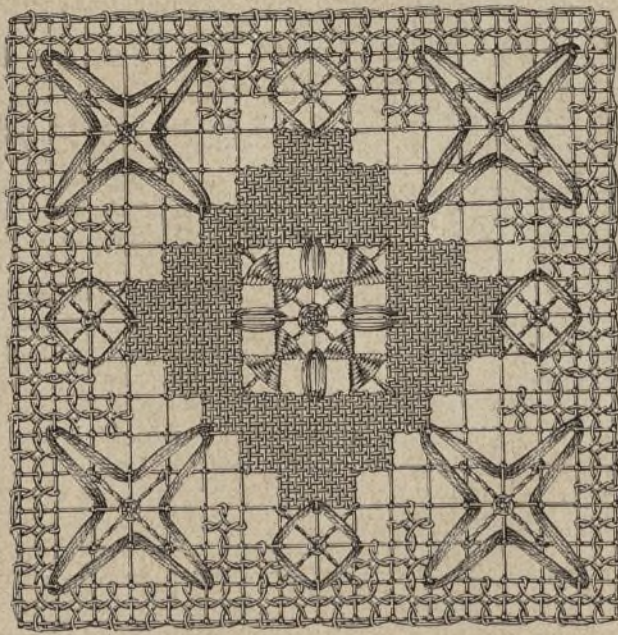
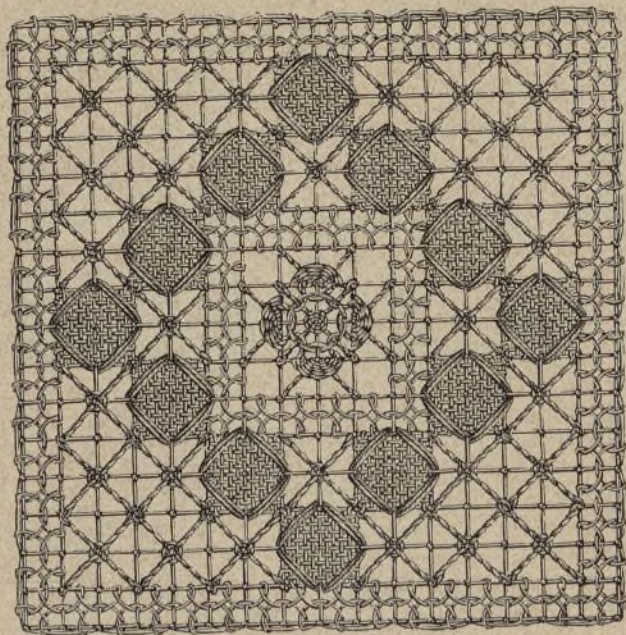
—Bien sabes, poderoso Muley, cuáles han sido mis aspiraciones desde que quise Alhah que nos conociéramos: tu cariño ha sido mi única felicidad, y ni la corona real me ha deslumbrado, ni los tiempos de sufrimientos me han hecho proyectar vengativos planes. Tu reino bambolea ya por los partidos, como la palma se mueve ligera al impulso de contrarios vientos. Solo nos queda estable el manantial purísimo de nuestro cariño y el religioso respeto con que nos tratan nuestros hijos. Tomemos una determinación decisiva, y que no vuelva más á correr por nuestra causa la sangre de



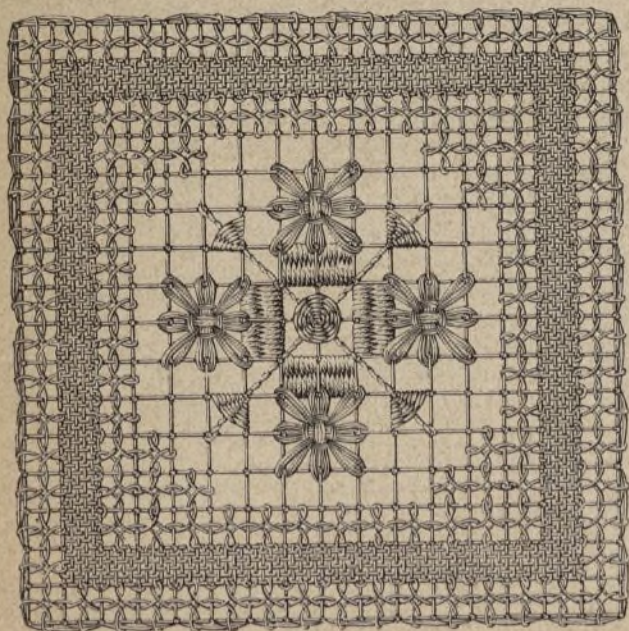
1. Cuadro para antimacasares. Guipure en tela. (Véanse los núms. 2 á 4).



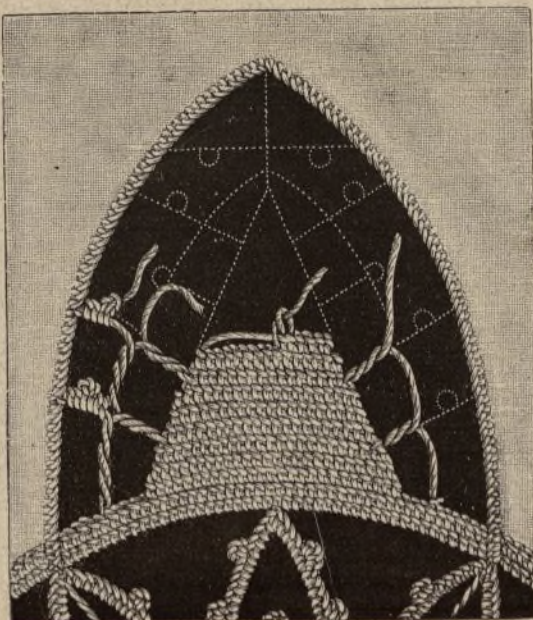
2 y 3. Calados para el cuadro núm. 1.



7 y 8. Cuadros de malla guipure.



9. Cuadro de malla guipure.



Ayuntamiento de Madrid



10. Cuadro de malla guipure.

tus súbditos por las calles de Granada.

—Ya habia yo pensado en eso, mi querida esposa, dijo Muley: pero la idea de arrancar de tus sienes la diadema real que con tanta dignidad ostentas, y el pensar que ha de sucederme mi ambicioso hijo, me detienen, y me detendrán siempre en mis proyectos. Dáme un remedio á tantos males, y satisfechas serán tus aspiraciones.



6. Espalda del vestido núm. 5. (Patron: pliego por el revés, núm. X, figs. 38 á 41).

—Separa de tu imaginación la idea de mis sufrimientos, le contestó la atribulada Zoraya; el brillo de una corona vale mucho ménos que la tranquila paz que debes á tu pueblo. Y respecto á los designios de Boabdil, destrúyelos en buen hora, pero sea colocando en tu lugar al digno Wali de Málaga, al que te ayudó á vencer en la Ajarquia, á tu hermano Abdalá el Zagal: con él se acabarán las disensiones civiles, y mientras gozaremos nosotros de la tranquila calma de mi adorado castillo.

—Acepto como buenas tus razones, contestó Muley. Dentro de dos semanas se alzará en la Alhambra el estandarte de mi hermano, y nosotros saldremos con nuestra corte al castillo de Mondújar.

En efecto: trascurrido aquel plazo, se presentaba el Zagal en el régio alcázar, y públicamente se proclamaba la abdicación de Muley Hacem, y el entronizamiento del nuevo rey. El desgraciado padre de Boabdil salía entretanto acompañado de su esposa é hijos á buscar en la soledad el lenitivo para sus pesares.

Llegados al castillo, que otras veces habia sido el asiento del placer y de la alegría, comenzó Muley á sollozar amargamente, pensando en su adorada ciudad. No fué bastante el inmenso amor y los solícitos cuidados de Zoraya y de sus hijos, para volver al viejo rey la alegría que habia perdido. Poco más de tres meses permaneció triste y reflexivo en la régia morada, respirando el balsámico olor de las flores y el aire puro de las montañas; pero ya á mediados



nada.  
o, mi  
a idea  
dema  
tas, y  
ambi-  
ndrán  
un re-  
as se-

ron:  
41).

dea de  
atribu-  
corona  
ila paz  
co á los  
elos en  
n tu lu-  
que te  
tu her-  
acaba-  
ciéntas  
ila cal-

y. Den-  
arte de  
al casti-

currido  
entaba  
to alcá-  
se pro-  
cion de  
l entro-  
vo rey.  
adre de  
retanto  
esposa  
la sole-  
ara sus

illo, que  
sido el  
y de la  
Muley á  
mente,  
adorada  
stante el  
os solici-  
oraya y  
a volver  
gría que  
oco más  
maneció  
en la ré-  
rando el  
las flores  
las mon-  
mediados



285

1147

EL CORREO DE LA MODA  
*Periodico ilustrado para las Señoras*

Plaza de Prim II 3

Ayuntamiento de Madrid



de Octubre de 1484, su salud se quebrantó de tal modo, que llamando alrededor de su lecho á su esposa é hijos, les habló de esta manera:

—Es llegada la hora de mi muerte. Muero, sin embargo, tranquilo, amargando sólo mis últimos momentos tu espantosa soledad, Zoraya mia, y la tristeza de vuestra posición, hijos de mi alma. Presiento la pérdida no lejana de la ciudad querida del profeta: si esto ocurre, vuelve más bien á tus antiguos lares, pobre Isabel, que seguir sufriendo el más afrentoso desprecio en la negra suerte que á los hijos de Al-hah se les destina: antes vuelvas á ser cristiana, encantadora huri de mis desvelos, que verte nunca desde la tumba ser la desgraciada esclava de mi hijo.

—No te aflijas por nosotros, le contestó Zoraya; este castillo, que nos pertenece, será nuestro retiro, y antes seré súbdita de Isabel de Castilla, y profesaré su religion, que consentir nunca en llevar el nombre de esclava de Boabdil.

—Oid entonces mis últimas palabras: «Es mi voluntad ser enterrado en el cerro más alto de mi reino....»

Dijo, y la voz había espirado en su garganta. El reino de Granada quedó sin su legítimo rey, y la infeliz Zoraya sin su adorado esposo. Todo fué llanto y desolación en el castillo; los servidores recordaban las buenas prendas del rey que había muerto, y más de cien esclavos lograron su libertad en aquel día tristísimo, para llorar las prendas nada comunes del que fué su señor.

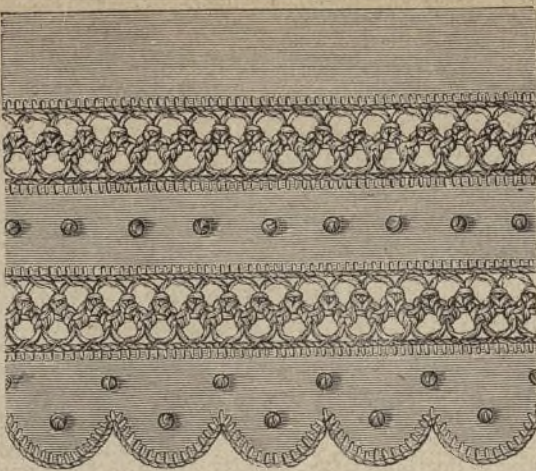
No bien supo el Zagal la muerte de su hermano, cuando presente en Mondújar, ordenó se cumplieran todas sus disposiciones. Trasladado el cuerpo á la ciudad, quiso colocarse en la rauda de los reyes; pero á ello se opuso Zoraya, y tuvo su enterramiento en el pico más alto del cerro de Solair, que desde entonces es llamado el cerro de Muley Hasem. Allí encontró la soledad que solo podía darle la deseada calma; allí, lejos de sus enemigos, estuvo exento de la envidia y las demás pasiones, y pudo ver antes que nadie la vergonzosa entrega que de su trono había de hacer al cabo de ocho años, el hijo que amargara los últimos días de su existencia.

Entretanto Zoraya permaneció tranquila en el castillo de Mondújar; agena á las disensiones políticas, y solo atenta al bienestar de sus hijos, gozaba cariñosa con los desvelos de estos, y solo atribulaba su existencia el recuerdo de sus perdidas alegrías.

(Se continuará).  
F. DE P.  
VILLA  
REAL Y  
VALDIVIA



19. Vestido bordado para sociedad.



11. Cenefa para la salida de cama n.º 17.



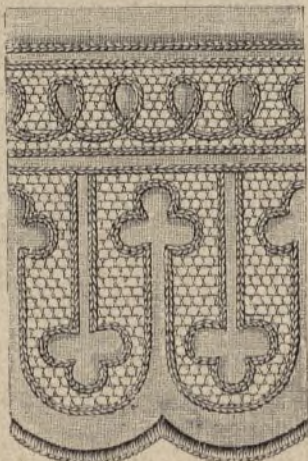
14. Sombrero para jovencita.



15. Entredós bordado en tul.



17 y 18. Salidas de cama. (Véanse los núms. 11 y 28). (Patron: Pliego por el revés, número IX figs 34 á 37a).



21. Cenefa de aplicacion.

### UNA HISTORIA TRISTE.

#### I.

El toque guerrero de las cornetas se repitió en el seno de aquellas montañas salvajes, que se entrelazaban, formando anfiteatro. Una descarga de fusilería contestó al eco tembloroso, y vióse al lejos caer un batallón casi diez-mado.

Había que tomar las alturas

Treinta mil moros coronaban aquellas cumbres formidables.

Cuarenta batallones avanzaban protegidos por la artillería y desplegados en línea recta.

con de una casa situada frente á la iglesia había una joven vestida de negro.

En sus mejillas brillaban dos lágrimas como dos per-

Los gritos de España! España! vibraban en el espacio, ahogándose á veces entre el estampido seco de la pólvora....

De pronto, escuchase una detonación, semejante al estruendo de cien torrentes desbordados, ó á la música impetuosa de la tempestad.

Un torbellino lo envuelve todo.... se perciben aun las notas vibrantes de las cornetas.... Lo que está sucediendo solo lo sabe Dios.

Por fin el humo se disipa.

Nuestros valientes soldados coronan las alturas, y el pabellón español ondea en ellas.

#### II.

—Ha recorrido usted el campo de batalla?

—Sí, mi coronel; y aquí traigo los nombres de todos los que han perecido.

El jefe cogió una cuartilla de papel en que estaban apuntados los muertos de su regimiento.

Al llegar al último palideció, sus manos temblaron, y dijo:

—¿Cómo, Enrique Ve-

lasco, mi querido teniente, también ha muerto?

—Sí, pero ha muerto como sucumben los héroes, dejando su nombre immortalizado. Yo iba junto á él, y me asombraban la serenidad y audacia de aquel valiente. Fué el primero que pisó la cumbre de esta montaña. El fué, mi coronel, quien clavó nuestra querida bandera en esta cima regada con su sangre. Y al clavarla, cuando entusiasmado gritaba: ¡Viva la reina! Viva España! Viva O'donnell! Una bala silba, se pone la mano sobre el corazón, y dice: «Me han muerto pero muero junto á mi bandera. Madre mia, yo te bendigo! ¡Virgen de mis amores, ángel mio, adios! Adios.... todos!....»

Y espiró besando el noble estandarte de nuestra noble patria.

Coronel y sargento estaban conmovidos. Aquellos hombres acostumbrados á la guerra, á la muerte, no pudieron detener ardientes lágrimas, como sincero tributo de cariño y admiración.

—Aquí tiene V., progiguió el sargento, aquí tiene usted sus papeles, su cartera, todo lo que le restaba.

En la última hoja de esta había dos renglones escritos con lápiz:

Ana Albur de Guevara.

San Juan.

El coronel determinó escribirla.

#### III.

Trasladémonos del sangriento teatro de la guerra, en Africa, al reducido pueblo de San Juan.

Es la caída de la tarde, y aun en el horizonte hay un resplandor opaco que brota entre poéticas nubes. Las campanas de la iglesia doblan

fúnebremente, y se aspira por doquier una atmósfera triste.

Doña María ha muerto, la señora más querida de la aldea.

Los sencillos habitantes de esta van tras su ataúd que sale del templo hácia el camposanto, queriendo darle así la última prueba de cariño.

Pobre Enrique! dicen todos. Qué será de él?

#### IV.

En el balcón de una casa situada frente á la iglesia había una joven vestida de negro.

En sus mejillas brillaban dos lágrimas como dos per-

20. Vestido con triple túnica. (Véase el número anterior). Patron de la chaqueta: pliego por el derecho, núm. 1, figs. 1 á 5. Modo de cortar la falda, núm. 11, figs. 7 y 8a).





las flotando en las espumas niveas. Era bella como el amor.

Hubiéiseis hallado en su frente la blancura de los nácares y la magestad de los espacios.

Sus miradas, melancólicas á la manera de las tardes de América, entrelábanse en una nube delicadísima de oro.

En negros arcos se extendían sus cejas, y cual arcos rojos se dibujaban sus labios.

Al pasar el entierro, cayó de rodillas en el balcón.

Doña María era la madre del teniente. Aquella joven era Ana, su prometida, la virgen de sus amores.

#### V.

No había pasado aun media hora, cuando la puerta de aquella casa se abrió y entró un sargento de noble continente, llevando una carta para Ana.

Aunque desconocía la letra, la abrió con ansiedad, pero ántes de terminar su lectura cayó desmayada.

Decía así:

"Señorita: en el regimiento de Arapiles, que tengo la honra de mandar, existía un teniente, D. Enrique Velasco, que segun mis noticias debía V. conocer. Yo le profesaba una amistad grande, y por esto me atrevo á escribirla, ignorando cuales son los lazos que á ustedes unían.

La nueva que tengo que comunicar acaso la impresione, pero no se olvide del que todo lo puede, y él derramará en su alma el consuelo, esa luz de la religion.

El valiente joven, el valiente Enrique, ha sucumbido en la accion del 30. Murió dejando su nombre indeleble en una de las páginas más gloriosas de esta sangrienta epopeya.

El portador de estas líneas dará á V. todos los detalles que anhele.

Uno mi sentimiento al suyo, y me ofrezco como su amigo verdadero.—Antonio Estévez de la Peña.

#### VI.

Si quereis saber la conclusion de este poema de lágrimas, id algun sábado al convento de las descalzas, en San Juan.

Si teneis influencia para entrar en el locutorio, preguntad por Sor María Ana.

Tal vez os dejen conocer á esa mártir del amor.

Y seguro estoy que si la oyéseis referir á ella esta parte de su vida, derramaríais, como yo, copiosas lágrimas.

GONZALO DE CASTRO.

Dia 8 Junio 1874.

### EL CAPITAL DE LA VIRTUD.

NOVELA DE COSTUMBRES

por

ANGELA GRASSI

(Continuacion).

—¡Hombre, que aquel caballero quiere ir en su carro de V. á la Aldea.

—Pues no puedo, porque voy á cargar fuera de Soria.

—Mire V. que le urje el viaje y pagará muy bien.

—Pues yo solo quiero cumplir mis compromisos.

No tenía ninguno, como he dicho, más que el de mirar por la salvacion de mi cuerpo y de mi alma.

El entretanto se había juntado con nosotros y multiplicaba sus promesas.

—El caso es, replicó el posadero, que ya no queda ni una sola tartana de las que van a la Aldea, y que mientras se busca otra, ó siquiera un caballo, se va á perder mucho tiempo.

Ganéle yo entónces dando tan fuerte latigazo á la pobre mula, que de un solo trote se puso á cien varas de distancia de los que querían catequizarme, dejándolos con la boca abierta y un palmo de narices.

—¡Chit! que ya se acerca su Divina Magestad! digeron á la sazón muchas voces.

Los hombres se descubrieron y se arrodillaron: ilumináronse como por encanto todas las ventanas, y el más profundo silencio sucedió al anterior murmullo.

¡Ah, quien podrá describir lo que siente el alma ante ese espectáculo sublime que ofrece un Dios todo poderoso descendiendo de su alto trono para ir á visitar al humilde, tal vez al criminal, en su lecho miserable, y ofrecerle su perdón y sus consuelos!

Y si este espectáculo es imponente en la ciudad, ¡cuánto más no lo será en las aldeas, en donde los corazones fervorosos asisten á él con toda la fé de sus vírgenes creencias!

Aquel lento doblar de las campanas, aquel cortejo silencioso, aquellos hombres arrodillados, aquellas luces,

cuyo pálido fulgor iluminaba apenas las mugrientas paredes sin disipar completamente las tinieblas de la calle, todo concurría á formar un conjunto solemne y misterioso, que llenaba el alma de pavor y regocijo.

El cortejo pasó y volvió á pasar, dirigiéndose otra vez á la iglesia, sin que nadie se hubiese atrevido á romper el augusto silencio.

Los circunstantes le acompañaron hasta el templo, y luego, como llovía de recio, los unos se dispersaron y los otros, en particular las comadres, que en todos los pueblos las hay en abundancia, fueron á situarse á la puerta de la casa del sacristan, sufriendo con gusto el chubasco, con tal de hacer ingeniosas observaciones y entregarse á sabrosos comentarios.

Doña Tiburcia cerró la ventana y se arrellanó en una ancha poltrona de cuero que ofrecía cómodo descanso á su mole reverenda.

Estaba triste y preocupada. Estaba triste porque el sacristan había llegado á las puertas de la muerte sin que ella hubiese podido propinarle ninguna de sus infalibles medicinas. Tal vez era la primera persona que se moría á su alrededor sin que ella le hubiese concedido su *exequator*, como se diría en términos diplomáticos.

—Diablo de hombre! pensó, siempre encerrado en su casa sin querer ver á nadie. Por supuesto, que si esta tarde no me hubiese dado la maldita ocurrencia de ir á la huerta de Doña Bruna, al saber que le daban á Dios, yo hubiera entrado en su cuarto fuera como fuese.

Quedóse otra vez cabizbaja y pensativa. Todas aquellas habillitas y suposiciones habían aguijoneado aun más su curiosidad, naturalmente tan suceptible y exquisita.

—Sí, prosiguió como hablando consigo misma, el sacristan tenía algo. Aquella cara torva, aquellos ojos siempre bajos, aquel modo de hablar por monosílabos, y luego ese amigo suyo á quien llaman el diablo. ¡Qué lástima, qué lástima haber ido á la huerta esta tarde!... ¿En qué estaría yo pensando?

Se levantó, abrió la ventana, y entró una bocanada de aire tan fuerte que apagó el velon.

—¡Jesús! Jesús mil veces! exclamó Doña Tiburcia santiguándose. Inés, niña, Inés, trae el candil.

Mientras ella cerraba la ventana á viva fuerza, trajo Inés el candil, devolvió la vida al velon, arregló su descomunal pantalla verde, y se marchó á proseguir su sueño en la cocina.

Doña Tiburcia se arrellanó de nuevo en el sillón, con la caja del rapé en una mano y su rosario en la otra.

Hubiera debido bastar á distraerla de sus ociosos pensamientos el trágico que traía, sorbiendo un enorme polvo entre cada padre nuestro; pero aun no había llegado á los diez, cuando dejó caja y rosario y se puso á dar precipitados paseos por el cuarto.

Luego se volvió á sentar, frezó otros diez padrenuestros, sorbió otros diez polvos y por último murmuró entre dientes:

—Cuidado que no estoy para rezar!

Se levantó, se dirigió á la alacena, y sacó unos platos y unas jicaras de porcelana.

—Cuánto tarda D. Serapio! prosiguió hablando consigo misma, cosa que solía hacer siempre que no hallaba á mano otro interlocutor. Parece que esta noche todos se conjuran contra mí!

D. Serapio! Eh! Eh! ¡Vaya que es bien portado, fino y zalamero! Qué sabroso es el chocolate tomado en su amable compañía!

Se sentó sin cerrar la alacena, tan grande era su preocupación, y permaneció algunos momentos pensativa.

Afuera el viento se divertía haciendo de las suyas: daba vueltas á las campanas de la iglesia, arrancaba las tejas, producía un estrépito infernal agitando los hierros de balcones y ventanas, y pasaba por la calle mugiendo de un modo lúgubre y espantoso.

Doña Tiburcia se levantó rápidamente, como si acabase de tomar una resolución definitiva.

—Pues, qué! exclamó poniéndose en jarras y con ademán de desafío, ha de poder más el aire que yo? ¿Somos ó no cristianos? Somos ó no caritativos?

Si viene D. Serapio, que tome chocolate solo.

Inés, Inés, niña, Inés!... Tráeme el manto de bayeta y el bote del tabaco para rellenar bien la caja.

—Va á salir su merced? preguntó la criada, acudiendo con los ojos hinchados de sueño y desperezándose á toda prisa.

—Pues ya se ve que sí!... Yo soy muy buena, muy caritativa... Hay un hombre que se está muriendo, ¡y es justo que permanezca con los brazos cruzados sin intentar siquiera salvarle! Mira, si vuelve D. Julian de la iglesia, que no sé cómo no ha vuelto todavía, le das su tacita de caldo, bien caliente, y le pones la lamparilla para que se acueste. Si viene D. Serapio, le entras callandito aquí, y si ves que tarda, le sacas el chocolate. Oye, y mi caja!

La criada salió corriendo.

¡Ah, el rosario y la botellita del último jarabe que hice, y que es capaz de resucitar á un muerto.

Y Doña Tiburcia, despues de haber hecho todos estos preparativos, salió intrépidamente á la calle; pero el aire sin duda había aceptado su jactancioso desafío, porque lo primero que hizo fué quitarla el manto, y con el manto una enorme pelucona, que fué rodando á muchos pasos de distancia.

Doña Tiburcia, que lo que más hubiera sentido era quedar expuesta de aquel modo á las miradas indiscretas, se guardó muy bien de pedir auxilio, sino que echó á correr silenciosamente tras su manto y su peluca, y tanto quiso precipitarse, que dió consigo en un barrizal que la puso las manos y la cara como nuevas.

—Que todo sea por amor de Dios, suspiró levantándose y limpiándose con su pañuelo, que todo sea por Dios!

Se acomodó como mejor pudo su pelucona y su manto, y aunque calada hasta los huesos, llegó sin más accidentes á casa del Sacristan.

Allí vió que no era la única á quien la curiosidad convertía en heroína, pues había lo ménos una docena de comadres cuchicheando á la puerta.

—Se ha muerto? preguntó Doña Tiburcia jadeante, tan sofocada la tenía su precipitada carrera y su descomunal batalla con el aire.

—Todavía no, dijeron las comadres; pero vaya un caso raro! Acaba de confesarse y recibir á Dios, y pide confesion á toda prisa!

—Pide confesion, exclamó Doña Tiburcia abriendo desmesuradamente los ojos, y sintiendo enardecerse su fantasía ante aquel misterio que hubiera querido descifrar á toda costa.

—Ya han ido por D. Julian, dijo una de las comadres.

—Ea, ea, abridme paso, que más falta hago yo que él, replicó Doña Tiburcia. Le traigo un brebaje que no tiene precio.

No estaba tan extendida en la Aldea como en Inestri-llas la fama de sus maravillosas curas, ni miraban con buen ojo las mujeres del pueblo á la intrusa que había venido á calzarse con la mejor colocacion, pues D. Julian era un santo, y pagaba religiosamente su salario á cuantos le servían.

Así que un murmullo de descontento respondió á aquellas palabras pronunciadas con tono doctoral; pero Doña Tiburcia, sin dársele un ardite de su descontento, atropelló por medio de ellas, y asentó el pié con ademan triunfante en el primer peldaño.

Pero entónces vió que aquel grupo de mujeres estaba á la intemperie, porque otro segundo grupo había invadido la escalera.

No se desanimó por esto.

La escalera era estrecha y tortuosa, y podía decirse que apenas cabía en ella Doña Tiburcia; pero como más hace el que quiere que el que puede, la intrépida matrona se puso en jarras, y derribando á esta y magullando á aquella, una vez en volandas y otra vez arrastrando, consiguió entrar en el aposento del moribundo, donde hacían falta las mujeres que estaban afuera, porque el pobre sacristan se retorcia solo y sin consuelo sobre su lecho de espinas.

Es verdad que su genio huraño era la causa de aquel absoluto desamparo.

Doña Tiburcia puso enseguida manos á la obra. Echó el contenido de su frasco en una taza, y la acercó á los labios del enfermo, que lo bebió con ansia.

Si el cordial no volvía la salud, reanimaba momentáneamente las fuerzas.

El sacristan se incorporó sobre el lecho, tendió los brazos adelante, y exclamó con tono angustioso:

—El señor cura, por Dios, que venga el señor cura!

—Ya sabe V. que D. Julian es muy viejo; hace una noche espantosa. Dígame V. á mí lo que tenga que decirle, y le juro por la cruz bendita, que le transmitiré el secreto sin revelarlo á nadie!...

—Que venga el señor cura! repitió el moribundo, como si no la hubiese comprendido.

Pero Doña Tiburcia insistió diciéndo:

—Está V. muy malo, la fuerza que le ha dado el jarabe se le acabará enseguida. Por no fiarse de mí, no vaya V. á morir cargado con algun pecado enorme.

El sacristan la rechazó bruscamente, giró en torno los ojos despavoridos, y volvió á caer desplomado sobre el lecho.

Doña Tiburcia no hacía más que mirar á la puerta, temerosa de que sobreviniese D. Julian y dejase burlada su esperanza.

Casi se arrepintió de haber dado al moribundo el brebaje que le había prestado una ficticia energía, pero afortunadamente para ella esta se extinguió muy pronto.

Su rostro se tornó otra vez cadavérico, otra vez quedaron fijas y cristalinas sus pupilas.

—Ay de mí! ay de mí! suspiró con voz entrecortada.



Era un concierto horrible el que formaban por fuera los gemidos del viento, y en la estancia el estertor del moribundo.

—Mire V. que se va quedando sin pulsos, le decía entre tanto Doña Tiburcia al oído; mire V. que no le queda más que un débil soplo de vida!

El sacristan hizo un esfuerzo, y la presentó el crucifijo que estrechaba entre sus manos.

Comprendió Doña Tiburcia su idea, y se apresuró á jurar por la salvación de su alma y por cuanto hay de más sagrado, que solo revelaría el secreto á D. Julian.

Entonces el infeliz quiso hablar; pero ya no pudo.

—Si será demasiado tarde! pensó Doña Tiburcia angustiada.

Se echó sobre el lecho, y aplicó su oído á los labios del enfermo.

Tan absorta estaba en lo que éste la decía, con voz casi ininteligible, que no oyó resonar cerca de sí un confuso rumor, semejante al que produce la marea creciente....

Eran las comadres, que no pudiendo ya dominar su ansiedad, se asomaban á la puerta de la estancia.

Mientras esto acontecía en casa del sacristan, el gallardo D. Serapio, como le llamaba Doña Tiburcia, se paseaba por el aposento en donde hemos visto á ésta sostener una batalla campal con su mujeril curiosidad.

D. Serapio no era ni hermoso, ni gallardo, ni mucho menos simpático; era sí alto y delgado; pero con el rostro picado de viruelas, con el cabello crespo, cejas espesas y mirada inquieta, es decir, con respecto á su único ojo, pues la viruela le había hecho la jugarreta de dejarle tuerto.

No llevaba ni el traje de los labradores acomodados ni el de los jornaleros, era un traje de capricho, bastante poético, si no hubiese estado mucho más que deslucido, haraposo.

Pero eso sí, lo llevaba con cierto desenfado, como si hubiese tenido á vanagloria el ostentar sus girones.

En el pueblo, no obstante, le llamaban el señorito, aunque no tenía ni casa, ni hogar ni guardarropa, ni criados. Habitaba en una especie de palomar ó tronera en lo alto de una torrecilla, y pasaba el día en la taberna, jugando y ganando á éste la comida y á aquel la cena. Pero aquella desmantelada torrecilla que le servía de albergue, pertenecía á una casa solariega, que con el tiempo había sido castillo, y antes fortaleza, construida por sus antecesores, pues descendía nada menos que de los muy altos y muy poderosos señores de Jaramayo, dueños antes del pueblo, de las praderas y montes que le circuián. Nadie como D. Serapio atestiguaba aquel agudo dicho de Cervantes, de que todos los linajes principian y acaban en punta, porque el suyo acababa tan en punta que no tenía con que mandar que le encendiesen un cirio delante de su sepultura, cuando Dios tuviese á bien llamarle á su santa gloria.

Pero el temple del alma de D. Serapio era más fuerte que una roca, y sin dársele punto ni coma de sus nobles ascendientes ni de sus nobles hechos, se solazaba á más y mejor bebiendo y jugando con los más toscos aldeanos y rondando á las muchachas de más baja estofa.

Sin embargo, lo que se lleva bien en la juventud, suele hacérsenos cuesta arriba cuando los años abaten el ánimo, enervan los miembros, y debilitan los sentidos: don Serapio empezaba á estar mal avenido con su vida errante, y ya pensaba con cierto embeleso en un cuartito bien amueblado, con su buena cama y buen servicio de mesa.

Y hé aquí cómo á consecuencia de este deseo se fijó en lo que nunca jamás se hubiera fijado: en la pelucona de Doña Tiburcia, que servía de marco á un rostro feo, pero colorado y mofletado. Aquel color y aquellos mofletes revelaban un estómago bien alimentado y por ende una dispensa bien provista. De la pelucona, los ojos de don Serapio pasaron á las manos de Doña Tiburcia, que siempre enarbolaban su caja de rapé de plata sobre-dorada y su rosario de filigrana con cuentas de coral. Si los mofletes hacían sospechar la existencia de una buena dispensa, aquellos objetos hacían sospechar la de un arcon de buenas peluconas, que podían disimular la que Doña Tiburcia ostentaba en la cabeza.

En una palabra: un día al salir de misa, D. Serapio declaró á Doña Tiburcia su atrevido pensamiento, y ésta no cabiendo en sí de gozo, le allanó la entrada de su corazón y de su casa.

Y hé aquí el motivo por el cual á la sazón se paseaba por la estancia en donde habitaba la dueña de sus pensamientos.

Estaba inquieto por su tardanza, y más que todo por la tardanza del rico chocolate que tomaba todas las noches con ella.

Cansado de pasear, se sentó en la poltrona y extendió sus pies sobre el tapiz, aunque los traía llenos de lodo. En aquella cómoda posición pasó revista á todos los ob-

jetos que adornaban el aposento, y sus ojos se fijaron con preferencia en la alacena, que Doña Tiburcia había dejado abierta.

—Hola! hola! cubiertos de plata! dijo, pues estos no son del cura, que D. Julian come siempre con cubiertos de marfil. Pues, cuántos habrá? A lo ménos una docena con su cucharón correspondiente. Y esa taza con su platillo, no es también de plata? ¡vaya si lo es, y primorosamente cincelada! No, lo que es á este cuarto no le falta ni un solo tilde! Alfombra, espejo, poltrona y mesa de caoba! Y los muebles son suyos, porque vi llegar un carro llenito de Inestrilla....

Sopla! y que viento anda por fuera! Y este cuartito es la gloria, tan abrigado y tan cuco!

Se levantó, dió algunas vueltas, y se paró delante de un cofre forrado de hierro.

—Lo que es ella debe tener muchos ahorros, pensó. Veinte años comiendo á mesa y mantel, y guardando las ganancias! ¡Si yo pescase la hucha que debe tener ahí metida! Cuánto habrá? Veinte onzas por lo ménos!

Y bien mirado, Doña Tiburcia no es fea! Un poco demasiado gorda, un poco demasiado habladora, abusa un poco demasiado del rapé; pero en fin, todas estas cosas no son más que muchos pocos.

Mientras tenía consigo mismo este extraño soliloquio, oyó llamar con violencia á la puerta, y casi al instante entró Doña Tiburcia en el mayor desorden, yendo á dejarse caer sobre la poltrona.

Estaba pálida, temblorosa, fuera de sí.

—Inés, dijo á la criada, que la había seguido, y sin reparar siquiera en D. Serapio; Inés, agua por Dios, que me ahogo! que me muero!

—Pues qué le ha pasado á V.? preguntó el hidalgo, mientras Inés corría despavorida á la cocina.

—Ay! ay! suspiró Doña Tiburcia, ay! ay!

—Pero qué ha sucedido?

Doña Tiburcia solo contestó con suspiros lastimeros, moviendo á todas partes los ojos, y haciendo tales aspavientos, que parecía una verdadera poseída.

Trajo Inés el agua, bebióla la angustiada matrona á sorbos, volvió á sus suspiros y gesticulaciones, tornó á beber agua, mojándose con ella los pulsos, y dándose aire con las puntas de su pañuelo, y cuando por fin se hubo cansado, de hacer tantos extremos, y hubo despedido á Inés, que volvió con sumo gusto á dormir abrazada con su ruca, el hidalgo la preguntó de nuevo qué es lo que la había puesto en semejante estado.

Pero la matrona no contestó más que mordiéndose los labios, y poniéndose amoratada como una remolacha.

Había jurado callar lo que sabía, y bien se podía asegurar que si cumplía su juramento, siquiera por media hora, iba derechita al cielo, tanto esfuerzo la costaba y tan poco acostumbrada estaba á guardar un secreto.

Y así, como viese que D. Serapio no se atrevía á insistir, prorumpió casi al instante diciendo:

—Hombre de Dios! no me atosigue V. con sus preguntas! Bien ve V. que no puedo hablar, cuando no le digo de redondo lo que me pasa! Sí señor, sí señor, me han pasado cosas espantosas, inauditas, con las que jamás había soñado!

¡Tan cierto es, que aunque uno viviera más años que Matusalén, siempre había de oír y ver cosas nuevas!

Hizo una pausa la matrona, y volvió á sus suspiros y á sus contorsiones.

(Se continuará).

## LOS TEATROS.

Nuestra más cumplida enhorabuena á los artistas y al empresario del Circo de la Plaza del Rey.

Como ya anteriormente habíamos dicho, *El desden*, fué la comedia inaugural de la temporada, obteniendo la simpática Sra. Boldun, Calvo y Mariano Fernandez, una justa ovación, aplaudiendo los adelantos que en su carrera artística han hecho los dos primeros, y que revelan constante estudio y deseo de realzar al arte dramático.

Ha seguido después á la citada joya del teatro antiguo, otra perteneciente al mismo, y que se puso en escena con un lleno completo. *Amor, honor y poder*, es su título, y aun cuando podremos decir como el poeta, *ya está olvidada*, no por eso valía ménos que otras de su ilustre autor, el coloso de la escena española, el inmortal Calderón.

Calvo ha tenido momentos felicísimos, como lo demostraban los unánimes y espontáneos aplausos que le interrumpían. Elisa Boldun, perfectamente en su papel de *Estela*, y Carmen Genovés en el de la infanta: en cuanto á Mariano Fernandez, estuvo inmejorable como siempre. Los demás actores secundaron con acierto.

La temporada, pues, empieza para el Circo, bajo brillantes auspicios, y puede asegurarse un éxito merecido y de gran resultado.

El circo de Rivas ha puesto en escena con una concurrencia numerosa *Flama* como final de temporada, y aprovechando las últimas noches que aun no hacen desagradable el paso por Recoletos; el más elegante y aristocrático teatro de verano, siempre deja al cerrarse gratos recuerdos, porque el Sr. Rivas no tiene rival para el *lujo y buen gusto* de los espectáculos.

Variedades bien, caminando viento en popa, y conservando las simpatías del público, cuyo resultado es muestra de la inteligencia de la empresa, pues no consiste en ese y otros terrenos en conquistar, sino en conservar lo adquirido, que es el verdadero talento; generalmente es más difícil lo segundo que lo primero.

Con éxito y un lleno ha abierto sus puertas el teatro Martin, y en las producciones puestas en escena, se distinguieron la actriz Sra. Solís y los actores Domingo, Venegas y Barta, á quienes aplaudió el público con entusiasmo, así como en las lindas piecitas *Argentina*, *Mas vale maña que fuerza* y *V. S.*

La empresa, lo mismo que en años anteriores, está dispuesta á desplegar el mayor celo en obsequio del público, y nosotros aplaudimos y damos la enhorabuena.

Pronto, muy pronto concluirá la excelente temporada del Circo de Price, que tanta novedad ha ofrecido, y de su agrado han dado repetidas pruebas los asíduos espectadores.

Eslava y Romea, Enterpe y la Infantil, varían en sus funciones, aun cuando todas sean de escasa importancia, si bien tampoco hay derecho para grandes exigencias, mirando esos teatros únicamente como centros, en donde pasar un momento de recreo.

La ópera y la zarzuela habrán abierto ya sus puertas cuando lean esta Revista nuestros suscritores, prometiéndonos un éxito completo. En la primera ha hecho el señor Robles cuantos sacrificios son posibles para que el lujoso coliseo responda al favor que le dispensa el público, organizando una compañía tan numerosa como completa, y en la cual se encuentran artistas de primer orden: el teatro de la Ópera está llamado este año más que nunca, á reunir en su recinto á cuanto bello, elegante, ilustrado y distinguido encierra Madrid.

No ménos brillante es el abono de la Zarzuela, pues que el Sr. Salas cuenta con tan grandes simpatías y ha sabido hacer de su teatro casi un punto de familiar y amena tertulia, en donde se hallan cuantos elementos son necesarios para pasar la noche inmejorablemente entregados á el recreo que proporciona la escena, á la admiración ó entusiasmo que despiertan los productos del ingenio, ó en los entreactos, á entretenidos coloquios, por que en la Zarzuela sucede lo que en ningún otro teatro; nos encontramos como suele decirse *en familia*, y esto es uno de sus principales encantos.

Apolo también habrá inaugurado su temporada cuando se publiquen estas líneas, por lo que nada podemos decir hoy.

El Español se encuentra en el mismo caso que el anterior, añadiendo que están en ensayo *El Cid*, drama refundido por Fernandez y Gonzalez y *El árbol sin raíces*, del ilustre Rubí.

El encontrarse la eminente Matilde en el coliseo de la calle del Príncipe, es una de sus principales bases para el éxito, por más que empiece algo tarde sus tareas y tenga que luchar con inconvenientes que puedan serle desfavorables y poco ventajosas.

Y de literatura? nada nuevo como desde hace algun tiempo. El horizonte continúa nublado, los editores meros y los autores sin saber en qué emplear las galas de su ingenio, para que puedan proporcionarles en otro terreno que el de las letras, una subsistencia ménos azarosa y triste.

La política lo invade todo, se enrosca como una serpiente por todas partes, paralizando cuanto á su paso encuentra, y más particularmente en la literatura, que vive, crece y se alimenta con la paz y el bienestar.

Días pasados se nos oprimió dolorosamente el corazón cuando llegó á nuestra noticia, que un escritor bastante conocido, estaba en el hospital por falta de recursos.

El desaliento y el desánimo más profundo se apodera de nosotros ante tan amargas realidades; verdad es que el patrimonio del ingenio es la pobreza.

BARONESA DE WILSON.



## CONSEJOS PARA REFORMAR LOS TRAJES Y LOS ABRIGOS.

Creemos ser útiles á nuestras suscriptoras ofreciéndoles algunos medios ingeniosos sugeridos por una modista inteligente, para refrescar ó reformar las prendas antiguas ó deslucidas.

Las señoras que tengan dolmanes de los que ántes se llevaban de paño ó cachemir bordados de soutache, deben descoserlos con cuidado, cortarlos nuevamente sobre patrones de moda, y cubrir completamente el soutache con cuentas de azabache.

Si el abrigo estuviese bordado al pasado, también se realiza este con cuentas de azabache. Las mangas sobre todo deben cortarse de nuevo.

Nada es más fácil que reformar una polonesa. Supongamos que esté deslucida debajo de los brazos y alrededor del escote, que las mangas y el pouf están ajados, en este caso se empieza por descoserla toda y cepillar cada pedazo por separado. Si la tela no tuviese revés no habría más que volverla, pero si lo tiene, es preciso quitarla las manchas con benzina ó sencillamente con espíritu de vino. Yo no aconsejo que se planche, sea la tela que se quiera, porque la plancha aplasta el tejido y quita los colores. De todos modos, si se plancha, ha de ser por el revés. Tampoco me parece bien lo que practican algunas que engoman ligeramente la tela ántes de plancharla, porque la goma se cae al instante y no se consigue nada. El paño, el terciopelo y el castor soportan mejor la acción de la plancha, planchándolos por el revés, y mejor aun teniendo entre dos la tela de modo que la parte del derecho no se apoye en ninguna parte.

Para cualquier otra tela es preferible ponerla entre dos paños húmedos y prensarla. Como todos no tienen prensa, se puede im-

tre dos, como hemos dicho ántes, y poniendo encima de ella un paño mojado.

Se quita el borde de abajo manchado por el lodo y el polvo, se pone un falso nuevo, se añade de arriba con una tira de alpaca, si no tiene nada metido, y se adorna con anchos bieses ribeteados por un lado, ó volantes ligeramente fruncidos con cabecita rizada de siciliana del mismo tono ó tono más oscuro, colocados en el bajo de la falda á distancias regulares.

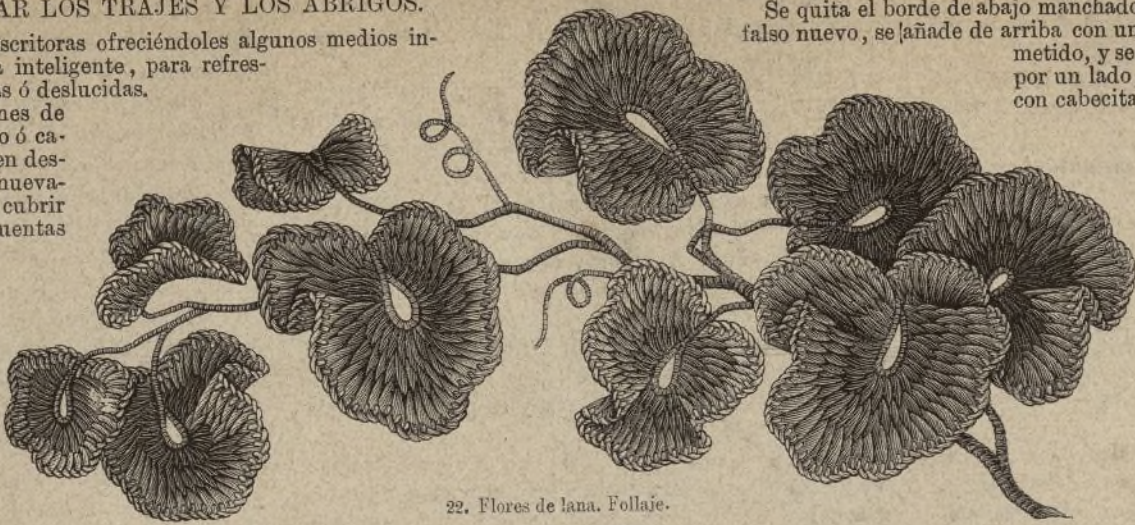
(Se continuará.)

## Explicacion del Figurin 1141.

Fig. 1.<sup>a</sup>—Traje de paseo.—La falda de reps de seda pensamiento, va guarnecida con ruche de la misma tela. Abrigo-manteleta de paño de damas negro, bordado con soutache y cuentas, y guarnecido con rico fleco de borlas. Sombrero de terciopelo negro adornado con cintas de seda pensamiento y terciopelo negro y una rosa blanca entre hojas verdes.

Fig. 2.<sup>a</sup>—Traje de visitas.—Falda de poplin de lana color de vino, con ancho volante en el bajo, terminado con una ruche de tono más vivo. Del mismo tono son los graciosos picos que completan el adorno del delantero, tableado á lo largo, pero en tablas muy separadas. Confeccion ajustada y con esclavina muy larga por detras, y adornada con terciopelos y azabaches. El forro es de cachemir blanco, hecho el entretelado con seda negra. Sombrero redondo de castor con el ala levantada y forrada de turquoise color de amatista, fruncida, y que lleva junto á la cabeza una ruche de blonda. Completa su adorno por un lado una escarapela que sujeta un ala de perdiz, y por el otro una rosa blanca.

Fig. 3.<sup>a</sup>—Traje para paseo.—Vestido de faya color de corazon de lechuga, y adornos gros-grain color de lagarto dorado. Lleva



22. Flores de lana. Follaje.



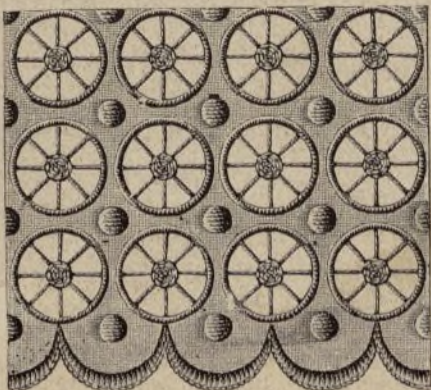
23. Bandeja-tarjetero de salon. Mosaico de maderas y pintura. Pliego por el derecho, figs. 21 á 21a.



26. Cenefa de encaje irlandés para la arandela número 27.



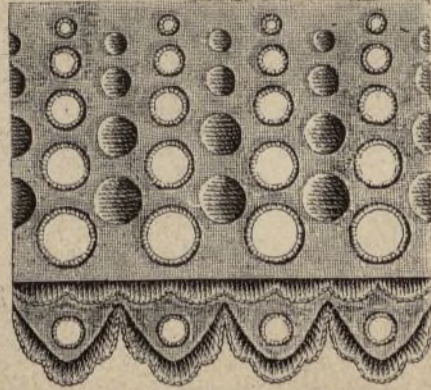
27. Arandela para pié de lámpara.



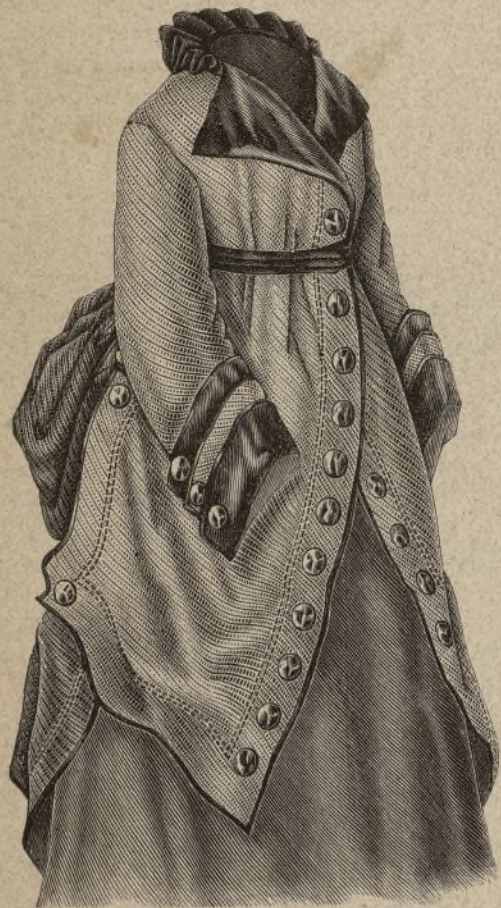
28. Cenefa bordada á la inglesa.



29. Cenefa de soutache y cinta labrada.



30. Cenefa bordada á la inglesa.



24. Túnica con solapas. (Véase el núm. 25). (Patron: pliego por el revés, núm. VI, figs. 22 á 28).

quiera, metiéndola entre los colchones de la cama, ó sencillamente sentándose encima.

Las modistas tienen generalmente la mala costumbre de planchar los vestidos antes de entregarlos para disimular los pequeños defectos del cosido, y así les quitan gran parte de su frescura.

Pero volvamos á nuestra polonesa. Los pedazos de tela, ya reparados de este modo, se extienden sobre una mesa y se coloca encima el patron de un cuerpo con aldetas y chaleco. Este último se hace con tela de otro color, lo que nos permite retirar hácia atras los delanteros y quitar la tela de debajo de los brazos que estaba manchada ó deslucida. Alrededor del escote se coloca un cuello de la forma que se quiera y de tela igual á la del chaleco, pudiéndose hacer de la misma tela las mangas enteras si estuviesen en mal estado ó si no las carteras.

Hasta ahora tenemos un cuerpo con aldetas; pero falta la falda, que se puede convertir en túnica fácilmente poniendo delante el paño entero de atras.

Pasemos á una falda de terciopelo. Despues de haber descosido el falso, se cepilla y se plancha por el revés, teniendo la tela en-

provisar, poniéndola debajo de un peso cualquier.

una sola falda, cubierta la parte de atras con volantes fruncidos, y la de delante con dos anchos volantes tableados. Confeccion Watteau de paño negro, bordado de azabaches y adornado con cordonería y rico fleco. Sombrero Caprichosa guarnecido con una ruche de tafetan rosa, aigrette maíz, rosas pálidas y una pluma, también rosa.

25. Espalda de la túnica núm. 24. (Patron: pliego por el revés, núm. VI, figs. 22 á 28).

## LA SILENCIOSA PERFECCIONADA.

Excelente máquina de coser que ha obtenido en la Exposicion de Viena la medalla del Progreso: es una de las mejores que se conocen.

Pueden dirigirse los pedidos á D. Antonio de Paz, en Santander, el cual dará todas las explicaciones que se deseen.

FÁBRICA DE CORSÉS DE MADAME GRAND.

Plaza de Celenque, núm. 1, Madrid.

En este establecimiento, que adquiere cada día mayor importancia, hallarán nuestras suscriptoras elegantes corsés á precios sumamente económicos. Las señoras de provincia pueden dirigir sus pedidos al mismo establecimiento.